

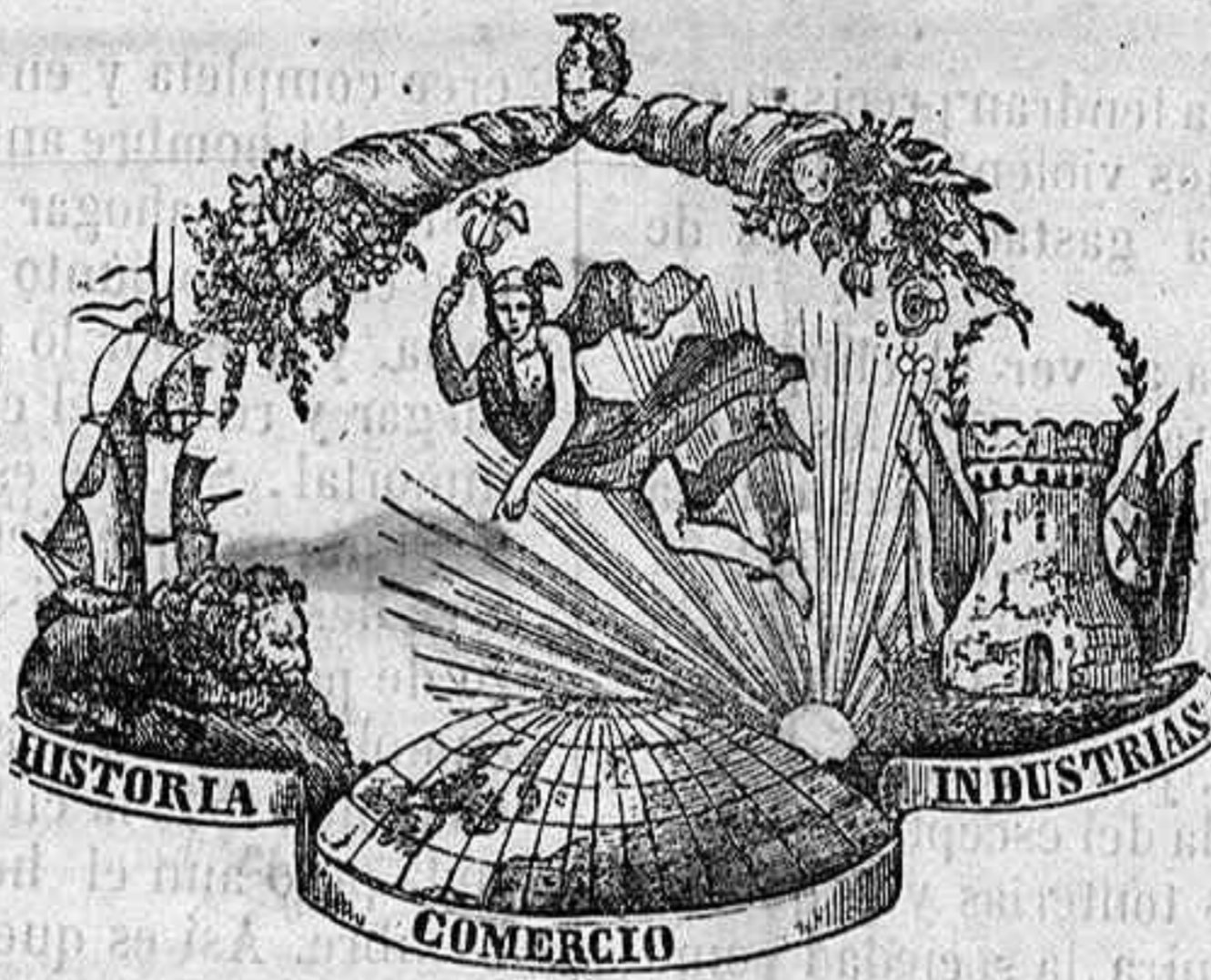


Puntos de suscripcion.

Precios de suscripcion.

Oviedo: Administracion y Redaccion, Postigo, 22.- Libreria de D. Rafael C. Fernandez.

Provincias: En casa de los corresponsales, ó remitiendo el importe á la Administracion.



En Oviedo: Por un mes 2 reales.
Por tres idem 6.
En provincias: 7 reales trimestre.
En Ultramar: Por un trimestre 10. reales fuertes.

LA REVISTA OVETENSE,

Periódico semanal, científico literario, de intereses morales y materiales, de noticias y anuncios.

La correspondencia se dirigirá al administrador de este periódico, D. Victor Cristobal, Postigo, núm. 22, imprenta de la viuda de Pedregal é hijos.

LA FAMILIA.

ARTÍCULO IV.

I

Rousseau sentó en su *Contrato social* el principio de que el pueblo es la sola autoridad que no necesita razon para legitimar sus actos. Ya antes que él los protestantes habian atacado la autoridad, base del orden y del bienestar social.

Deificaron la razon, y como consecuencia inmediata, el súbdito se consideró relevado de la obediencia que debia á su soberano, este á su vez se hizo Papa y el hijo no reconoció el poder del padre. Fijémonos en esta ultima idea estudiémosla con detencion y veamos si se ha realizado y sigue realizandose todos los dias, ó es simplemente una quimera que nuestra imaginacion vislumbra en un momento de extravio.

Hubo un tiempo en que existia el respeto filial, en que el padre era considerado como sagrado, como un ente superior cuya venerable cabeza tocaba en el cielo y cuyos pies descansaban en la tierra. Hubo un tiempo en que el hijo en los momentos decisivos de la vida se postraba ante su padre y recibia su bendicion que era la coraza invulnerable con que arrostraba todos los peligros; hubo un tiempo mas feliz en el cual el hijo cristiano respetaba y reverenciaba á su padre por que veia depositada en su persona la autoridad divina. Pero vino la reforma, levantaron el grito vocingleros filósofos, huyeron las costumbres puras y entonces la autoridad paterna fue des-

preciada, al respeto religioso ha remplazado una familiaridad insufrible.

II.

Vosotros, padres insensatos, juguetes de vuestros hijos á quienes idolatrais, sabed amar, sino quereis mañana recoger oprobio, lágrimas y vergüenza.

Por desgracia el niño se inclina al mal; es déspota, cruel, egoista y si le halagan sus instintos maléficos llegará á donde llegaron muchos otros, al cadalso! No hay que horrorizarse. Es muy lógico marcar un fin tan poco lisongero. El infante nace malo, recibe una educacion que es un arma para el mal, puesto que se desarrolla su inteligencia, mientras su corazon no palpita mas que para satisfacer sus pasiones, y viene la edad joven, fuerte, soberbia y la vara se convierte en robusto tronco. Quien es el hércules que se atreve á doblarle?

Los hijos de padres opulentos, cuyo único orgullo fundan en su pequeño Dios, á quien en su ciega ternura nada escusan ni niegan, vendrán á ser con el tiempo tiranos de su familia, ciudadanos sin patriotismo, cristianos en el nombre y padres sin amor. Con que indiferencia miramos la educacion de los niños sin hacernos cargo de que muy pronto empujarán á nuestra generacion y seran los señores del mundo!

En sus primeros años no hacen los padres mas que escitarles sus gustos y caprichos y cuando los acostumbrados resortes ya no sirven para entretener al hastiado infante se buscan otros ajenos de su edad y de las inclinaciones propias de la niñez.

De modo que esos placeres inocentes de la di-

chosa edad de la ignorancia tendran precisamente que ser sustituidos por los violentos que despiertan las emociones ya gastadas antes de tiempo.

Por eso nadie se estraña al ver al chiquillo, apenas entrado en la pubertad, asistir á los cafés, á los teatros, á los bailes á las tertulias con la anuencia de sus padres que se estasian ante la precocidad y el desarrollo de su hijo. Por eso la sociedad vé imposible que el niño imberbe de doce años juegue, fume, vote, jure, haga el amor y hable de cansancio de la vida del escepticismo que reina en su corazon, de las tonterias y pequñeces del mundo. Por eso mira la sociedad como cosa muy natural el sello de la muerte en hombres que aun no han sabido lo que era la vida .. Casi nos duele haber pensado siquiera en trazar el diseño de la familia actual, si habia de ser tan oscuro y sombrío; mas no desmayemos en nuestro propósito aunque nos amargue publicar la verdad.

III

El padre que se muestra débil, como hemos visto cuando mas fuerte debia ser, torna su autoridad en despótica al tratar de la eleccion de una carrera, de un estado social para su hijo. Cada hombre tiene una vocacion particular; indagarla, conocerla y cumplir fielmente sus deberes es lo que se llama cooperar al bien social. Sin embargo, á pesar de que el mismo Dios ha creado á cada hombre para llenar un deber especial, los padres no se cuidan de estudiar la vocacion de sus hijos y los dedican á cualquier carrera que tenga mucho porvenir, es decir que produzca grandes utilidades.

De aquí proviene la desesperacion y aburrimiento de millares de individuos que, adornados con un título que desprecian, con una carrera que odian, fueron sacrificados al despotismo de un padre irracional. De aquí la confusion de jóvenes que ambicionan los grandes puestos, pues su carrera así lo exige, y el desbarajuste y la desnivelacion social. De ahí el descaro, el lujo, la ostentacion de los que han alcanzado una posicion ventajosa, y el disgusto, el malestar, el crimen, el suicidio de los que han llegado tarde.

IV

Descendamos un poco la escala social.

Las clases inferiores no pueden pasar desapercibidas á nuestros ojos, siendo las que sufren durante su existencia un enjambre mas numeroso de males y dolores, porque son los seres mas desvalidos. La clase obrera, la clase industrial moverá principalmente nuestra pluma.

Aquí se nos ocurre preguntar una cosa: es la industria un mal?

Verdaderamente el domar los elementos y proporcionar á los individuos la mayor comodidad posible, fisicamente considerados es un gran bien; pero este bienestar físico del ser racional no debe ser el único y principal objeto de la industria. La creacion del mundo material no es el objeto supremo de la divinidad. Si la industria dominando las fuerzas de la naturaleza física se

Cree completa y en su último escalon, se equivoca. El hombre antes que todo debe dominarse á si propio, ahogar sus pasiones, tener presente que es un conjunto que consta de espíritu y materia, y que por lo mismo debe batallar para doblegar y rendir el cuerpo ante el alma que es inmortal. Sucede esto?

El obrero que tiene una familia numerosa se cree despachado si tiene para cada hijo un pedazo de pan. Pobres hijos! No es así como debian cumplir vuestros padres. Pero qué quereis, ellos no tienen toda la culpa. Se concluyó la esclavitud, pero aun el hombre es explotado por el hombre. Así es que vosotros, desdichados hijos, no podeis alimentar vuestro espíritu mas que con ideas infernales que lo emponzoñan, con ejemplos de inmoralidad que lo corrompen, con escenas torpes que lo acostumbran al vicio. Hermosas lecciones para convertirnos en malos ciudadanos y hombres inmorales! Cada dia engruesan las filas de la revolucion y de la indiferencia religiosa numerosas víctimas que conmueven al mundo con sus proyectos.

Un vicio existe hoy en toda Europa completamente arraigado, que llega á embrutecer al hombre. Hablamos de la embriaguez, que agota las fuerzas físicas y morales del individuo y es la causa de una muerte temprana. Desde que vemos aumentarse el consumo de bebidas se observa tambien que aumenta el número de crímenes. La clase obrera explotada por los empresarios trata de adormecer sus dolores entre los placeres del licor, mientras sus hijos lloran de hambre y miseria. Necesitan no tener corazon.

V

Hasta ahora quizá se nos haya tachado de pesimistas al trazar á grandes rasgos el cuadro de la familia; pero vamos á hacer una pequeña salvedad. Que la familia en general no sigue el camino que le ha trazado el cristianismo, es una verdad indubitable; que tambien hay numerosísimas familias, nos complacemos en asentarlo, que son ejemplos vivos de virtud y de enseñanza para las demás, tambien es cierto; mas como las sombras y la luz casi se reparten el mundo, y como un cuadro pavoroso hace mas impresion en nuestra alma que otro bello y plácido, hé aquí cómo hemos visto, cómo nos hemos fijado en lo que mas nos impresionó, en lo que ha llegado á nuestros oidos displicente, aterrador.

Quién lo duda?

Quién no vé con espanto la miseria de tantas familias?

La ciencia económica inglesa se ha descuidado de los valores morales, para no ocuparse mas que de la produccion. Ha enseñado á algunos individuos el secreto de enriquecerse á costa de los demás. Calcula friamente la cantidad de alimento riguroso que necesita un operario para alimentarse, y bajo esta base marca los salarios,

Con estas doctrinas, que ya se estendieron por toda Europa, se rompen los lazos que deben unir el rico al pobre, el obrero al empresario, y se

rompe la fraternidad que unos á otros nos debemos.

Aunque mucho se pudiera aun decir de la familia actual hacemos aquí punto final, primeramente por no traspasar los límites del periódico y en segundo lugar por no cansar al lector.

J. M. NEVE.

REVISTA DE LA SEMANA.

Veraneo.—El café nuevo.—La romería de San Cristóbal.—El fandango.—Las del pañuelo atado atrás.—Las del manto.—Los cantares.—Las niñas de hoy.—En Porlier.—A última hora

Veinte coches atestados de gente parten diariamente de Campomanes. Qué objeto se propone tanto viajero? Veranear. Hé aquí una palabra que repesando una necesidad en otros puntos, no debía tener en Oviedo significación alguna. Una casa de baños, bonitos alrededores, un frondosísimo bosque y una temperatura de veintidós grados, creemos que son elementos suficientes para pasarlo tal cual; pero la moda lo exige y es preciso veranear á toda costa. No tratamos de impedirlo, nada de eso; cúmplenos consignar un hecho y lamentarnos de que se verifique.

Cúmplenos también manifestar que á pesar de los muchos que se van, no pierde Oviedo la animación que le caracteriza; y que rara es la semana que deja de ofrecer recursos al más pobre talento revistero. Dígalo sino la que acaba de espirar; envidiosa al parecer de la anterior que tan buenos recuerdos ha dejado en los estómagos y corazones ovetenses, se decide á presentar en escena varias, que no pueden pasar desapercibidas para quien tiene á su cargo describirlas.

El domingo indudablemente *lleva la palma*. Pasa la mañana sin notables accidentes y llegan las tres de la tarde, hora crítica de levantar manteles, y hacer preparativos, porque el tiempo urge, y es preciso presentarse *comm' il faut* para que *ellos* y *ellas* se fijen recíprocamente.

Nosotros que, sin mentir por supuesto, malditas las pretensiones que tenemos fuera de describir tal cual los sucesos de la semana, nos dirigimos con rápido paso al nuevo café, situado en Campomanes á tomar nuestro indispensable digestivo. Aquel sitio donde tantas cosas se cuentan, de tantos se murmura, y tantos lances suceden, no presentaba, ni para nosotros, ni para muchos, la animación y la alegría de otras veces; faltaba una niña de quince años, bella como las ilusiones, y sencilla como la inocencia, que ordinariamente despachaba tras del mostrador. Sorbimos mustios nuestro café, cabizbajos hablamos con unos amigos que llegaron, y largas y pesadas pasan dos horas llegando la crítica de la romería.

Nada de particular ofrece el camino, mas que alguno que otro charco, infinitas desigualdades y muy poca como lidad. Para que nuestros lectores no se fatiguen con tan penosa marcha les supondremos ya en la cumbre de S. Cristóbal, teniendo á sus piés la encantadora Oviedo, y á su alrededor la más escitante animación que puede imaginarse. Casi todas las personas que llegaban iban directamente á la pequeña ermita, que á la izquierda se levanta y murmuraban una oración, recuerdos casi extinguidos de pasados y mejores tiempos, cuyo carácter cambió de forma en los actuales, y se relajó un tanto en el fondo.

Hémos ya fuera de la capilla, sin saber á donde dirigirnos, ni por donde principiar. En casos como este no hay más medio que dejarse ir, y esto es lo que hizo el revistero, á quien será preciso acompañeis sin separaros de él un momento; nada perderéis con eso, porque es como el que más amigo de saberlo todo, de examinarlo y criticarlo todo. ¿No veis aquel compacto grupo en cuyo centro se ven bullir agitadas dos largas filas de cabezas? Pues es el antiquísimo *fandango*, el más retozon de los bailes del país. Vedle, contemplad su bellissimo conjunto, en el cual se destacan los pintorescos trages provinciales; observad aquella robusta aldeana de abultadas formas y exagerada cadera. ¿No reparais su planchadísimo pañuelo, su aterciopelado dengue, el encarnado refajo, que cubre cuatro más de diversísimos colores? Pues bajad la vista y ved el lazo que adorna su..... pié, y lo perfectamente ajustada que trae la dibujada media á la torneada pantorrilla. Observad:..... pero no, no la mireis más, que sobradamente lo hace ese *picona* que tiene en frente. Dejádla á ella y dejádle á él hacer mil pasos atrás y adelante, amagar aquí, adelantar allá y dirigirle alguna que otra palabra vergonzante, que la haga ponerse más *colorada* de lo que está. Venid vosotros conmigo y sin pararos con aquellos que os brindan á la derecha, ni tener en cuenta esos grupos de gastrónomos, tendidos por el campo, lleguémonos á aquellas giraldivas.

Qué concurridas! Qué animadas! Acerquémonos á esta. Las veis? Son las del pañuelo *atado atrás*, las encantadoras hijas del pueblo. Ved si podeis hallar un tipo más alegre, más retozon y más bello: yo os desafío á que encuentreis una que pueda llamarse fea. Mirad aquella rubia, vestido color mahón, con que coquetería entra y sale en el círculo de la giraldiva, qué graciosísimas miradas echa al soslayo. ¿No veis con qué galantería recibe las flores que le dirige el pollo aquel y con que amabilidad é indiferencia alterna con todos los del baile? Pues ¿podrá darse más arrebatador salero que el de aquella morena que se desliza á nuestro frente? ¿Qué miradas, qué facciones, cuánta elegancia, qué voces, qué confusión tan alegre! Veo que entusiasmados no pensais en aquel corro que á la derecha se distingue; pero venid que no perderemos el tiempo siendo imposible dar un paso sin hallar encantos, puesto que hallaremos

niñas. Saludad á esas que os sonrien á vuestro lado, y apresurémonos á llegar á aquel círculo en cuyo interior corren de aquí á allá sin darse punto de reposo los flotantes velos revueltos con los *copaltas*. No os pareis en el mirar de aquella niña, ni el moverse de la otra; mirad, os pido ese ajustado cinturón, la esbeltez y gallardía que al cuerpo presta. ¿No parece que os brinda á hacer algo con ese talle, con esa torneada cintura que aprisiona? Pero no, no lo hagais, escuchad conmigo la letra y la música que acompaña ese tumulto, y entre alguna que otra necesidad distinguís un

Para qué, para cuando
quieres el pelo etc.

Y ya que al vuelo hemos cogido ese cantar, y ya que le hemos apuntado, notemos la falta de variedad que en los mismos se nota, y la rancia costumbre que los trae de un año á otro sin tener en cuenta que la mayoría nada significan, y que los poetas contemporáneos los están arrojando á granizadas. Dígasenos sino, qué significa el que tragimos de San Cristóbal, qué pensamiento encierra, ó en que consiste su gracia; y dígasenos sino es cien veces mas bonito el siguiente que tomamos al acaso entre los mil y mil que modernamente se publicaron:

Polizonte me supones
porque te sigo los pasos;
la culpa es tuya, que tienes
rostro revolucionario.

Pero basta de digresiones que cada cual puede apreciar como quiera. Atendamos á la conversacion de aquellas parejas que hablan en medio de estrepitosas carcajadas; *ellos* algo bueno han de decir cuando tanto se rien *ellas* y ya que no hay falta de educacion, pues en un *totum revolutum* cada cual puede autónómicamente ocupar el lugar que le perezca, acerquémonos y riámonos. Pero qué, ¿no os reis? ¿no os desternillais á carcajadas? ¿No os hacen efecto los oportunos chistes de ese pollo, ni las mordacísimas y graciosas sátiras del de más allá? Pues á mi tampoco.— Que como se rien *ellas*, me preguntais? Allá ellas, qué se yo? pero de ninguna manera digais que son unas necias, porque podrian oirlo, y no es cosa de acibararlas los placenteros momentos de que gozan. Además, tendriais que generalizar y no poner aparte más que raras excepciones, y no es cosa de decir «las chicas de hoy son unas necias:» si por otra parte me decís que negado esto, quedan sin explicacion muchos hechos, dejémoslo en tal estado, que peor es meñallo. Abandonemos los detalles y contemplemos en globo la romería; decidme luego si no hacen un magnético conjunto las inquietas cabezas de los que bailan, los bulliciosos grupos de los bebedores, los blancos puestos de los que venden, y el continuo ir y venir de los que pasan; pero adios, que las gentes marchan, la fiesta se enfria, y no es lo mas gustoso ver los restos por mas que no dejen de tener sus lances. Cuidad no os despeñeis por esos derrumbaderos

y no dejéis de estar á las diez y media en Porlier.

Magnífico en toda la estension de la palabra estuvo Porlier la noche del domingo. Alegres las giraldivas, animadísimo el paseo y puntual como nunca la de Beneficencia, no hubo nada que pedir. Deslízanse las horas, no perdidas para nadie, ni para los que tenian que hacer grandes declaraciones, ni para los que como el revistero se contentan con oír la música, dar unas vueltas y contemplar, con satisfaccion por supuesto, los femeninos rostros tan embellecidos por la naturaleza y el arte. Suenan las once, hora de desfile, y desfilaron las gentes que en el paseo habia.

Hé ahí, pues, como el domingo fue un dia completo. En cambio los demás pasáronse sin nada notable. Un hecho hay que se reproduce diariamente, y que por lo mismo es mas digno de notarse. ¿No disteis una vuelta por Cimadevilla, Magdalena y Puerta nueva á la caída de la tarde? Pues haceldó y tropezareis aquí y allá con numerosas modistas que parece salen á orarse. Un amigo mio, pesimista en materia de mugeres, me recuerda siempre que las hallamos aquel refran tan conocido entre las jóvenes de hace cincuenta años «el buen paño en el arca se vende;» sin tener en cuenta que las bellas modistas ovetenses no tienen en su paseo mas pretensiones que dar descanso á los fatigados miembros; y que, en todo caso, los principios económicos variaron, formulándose hoy como cierto «el anuncio es la vida del comercio, anunciar es vender.»

I. F. DE LA V.

UN RECUERDO.

Á MI AMIGO R. C. BARREDO.

Si de tranquilas horas
de dulce calma
un recuerdo agradable
hay en el alma,
cómo olvidarlo
si el recuerdo es la dicha
de lo pasado?

Una mujer en sueños
se me presenta;
seductora, apacible,
dulce y modesta;
muger querida
que en una edad temprana
le di la vida.

Eran negros sus ojos,
su faz hermosa,
su cuello alabastrino,

su aliento aroma,
y sus miradas
en mi pecho infundian
mil esperanzas.

—
Coral eran sus labios,
y su megilla
tan purísima y bella
cual su pupila;
tez nacarada,
que amargas aflicciones
jamás empañan.

—
Si en sueños; ay! la veo
siempre graciosa,
en su pura sonrisa
mi alma reposa,
y en su mirada
permanece mi vida
toda estasiada.

—
Escucharle me place
su sentimiento,
y al oírlo no existe
ya mi lamento:
es que de amores
sabe calmar mi niña
tiernos dolores.

—
Delirando yo ciego
en mi embeleso,
en sus castas mejillas
estampo un beso;
amantes lazos
con su vida me ligan:
son sus abrazos.

—
Mas cuando ya despierto,
miro frustrada,
la ilusión halagüeña,
tan deseada,
¡Ay quien pudiera
conservar grato sueño
su vida entera!

—
Jamás de mí se borre
dulce recuerdo;
no pretendas, amigo,
robarme el sueño,
porque en las horas
en que soñando vivo
el alma goza.

A. G. Doriga.

SECCION RELIGIOSA.

S. IGNACIO; FUNDADOR.

El orgullo, pasión infeliz que hizo caer de lo más alto de los cielos al profundo abismo á millares de espíritus radiantes de angelical belleza, y que más

tarde arrojó del Paraíso á nuestros primeros padres, privándoles de la original inocencia, levantó su altiva cabeza en el seno de la Iglesia católica á principios del siglo XVI, para desgarrar con los multiplicados errores de una nueva herejía, la túnica inconsutil de la esposa del cordero inmaculado. Lutero fué la personificación de la mal llamada Reforma, y la primera chispa de este fuego que prendiera en el corazón de la Alemania, bien pronto estendió las llamas del incendio á diversas y apartadas regiones, como Inglaterra, Francia y Suiza, viéndose muchas veces el error apoyado por las testas coronadas, ó por el fanatismo de las muchedumbres populares.

El peligro para el Catolicismo era grande.

Pero Dios, que aunque permite que las puertas del infierno pongan asechanzas á su Iglesia, tiene prometido que no prevalecerán contra ella, suscitó en medio de tan terribles pruebas auxilios poderosos; y en ese mismo siglo, fecundó desgraciados sucesos, aparecen numerosos varones insignes en ciencia y santidad, los cuales contrarrestan con su saber y virtud los atrevidos alardes del protestantismo.

Entre estos distinguidos personajes, ninguno como el nobilísimo español Ignacio de Loyola, esforzado capitán primero en los campos de batalla, y después fundador y jefe de una de las más egregias instituciones católicas, la compañía de Jesús, solemnemente aprobada por el Papa Paulo III en 1540.

Considerado como santo este guipuzcoano ilustre, nos ofrece ejemplos de sólidas virtudes que imitar, desde la cueva de Manresa, teatro de sus retiros y penitencias, hasta la ciudad de Roma, donde en los últimos años de su vida ejerció la caridad de la manera más completa y edificante.

Considerado como fundador, es cuando San Ignacio aparece á nuestra vista bajo ese aspecto especial que le hace ser una de las más grandes figuras de su siglo y uno de los héroes que más han enaltecido la verdadera religión. ¿Y dónde se nos revela el santo á toda su grandeza y esplendor? En la sociedad, cuyos cimientos echó, en el admirable instituto que á él debe su existencia.

Efectivamente; comprendiendo lo que fueron y lo que son los jesuitas, se llega á comprender el alma grande de Ignacio, aquel espíritu que él infundió en sus primeros discípulos, para que se perpetuase de siglo en siglo en las edades futuras.

El protestantismo había principiado por negar la obediencia al Sumo Pontífice Romano: la compañía de Jesús añade á los votos ordinarios de las comunidades religiosas el especialísimo de obedecer al romano Pontífice. La base del protestantismo era el libre examen en materias religiosas, rompiendo de lleno con la tradición católica: la compañía establece una gerarquía admirable, fundada en la sugestión de los inferiores á los superiores; y sin arredrarse por la multitud y pujanza de los enemigos que en frente de sí tiene, empieza con fé y entusiasmo la lucha, sin olvidar nunca aquella hermosa sentencia de S. Agustín: *In necessariis, unitas in dubiis libertas, in omnibus charitas.*

Y la lucha tenía que ser á muerte: los innovadores no cejaban en su obra de destrucción, y atacando cuanto de tanto tenía el catolicismo, dogma, moral, disciplina, pretendían no dejar piedra sobre piedra en el majestuoso edificio, fundado sobre la sólida base de promesas infalibles. Los jesuitas á todas partes acudían.

La teología como la filosofía, la historia y las bellas letras, la oratoria y la mística... ninguno de los conocimientos múltiples que constituyen el frondoso

arbol de la ciencia dejaron de cultivar, ni hubo virtud alguna cristiana que no llegasen á practicar en grado heróico.

Por eso en los anales de la compañía al lado de los nombres de Laynez, Salmeron, Molina, Suarez, Berarmino y tantos otros, figuran los de San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, San Francisco de Gerónimo y muchos mas: y estos ilustres nombres no son patrimonio del siglo XVI. El siglo XVII, el siglo XVIII, nuestro mismo siglo ofrecen á cada paso hermosos ejemplares de sabiduria y santidad, porque es lo cierto que no se estinguió todavia la prodigiosa fecundidad de la órden de que hablamos.

Ah! Es que lo mismo que el espíritu de Pedro vive en sus sucesores los Papas, vive en la sociedad de Jesús el espíritu de su santo fundador.

Doquier aparezcan los jesuitas, pulverizando el error, deshaciendo el sofisma herético, evangelizando á los pueblos y tribus de lejanas regiones, se deja ver la augusta sombra de San Ignacio de Loyola, infundiendo aquí y allá en sus hijos el amor de Dios y el anhelo por la salvacion de las almas, que tanto le enaltecieron en vida.

Nosotros al contemplar esa gigantesca figura que se alza en el seno de la iglesia en el siglo XVI, y los beneficios inapreciables que su instituto atrajo sobre el mundo, no podemos menos de repetir con el introito de la fiesta del santo: *In nomine Jesu omni genu flectatur cœlestium, terrestium et infernorum, et omnis lingua confiteatur quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.*

Santo del dia.—Nuestra señora de las Nieves.

VARIEDADES.

UNAS HORAS DE FASTIDIO.

REFLEXIONES SOBRE EL AMOR.

(Continuacion.)

II.

AMORES PATERNO Y MATERNO.

AMOR FILIAL.

No es así el amor filial: por tierno que le supongamos, elevado á su mayor grado de ternura, llevado al heroismo, hasta el sublime, no es mas que un espléndido giron de un riquísimo ropage.

Las aguas de un rio jamás vuelven á su origen; por un fenómeno fisico algunas se evaporan, y tornan quizá á depositarse en el manantial donde brotaran; el reflejo de la luna siempre es pálido, y apenas deja adivinar el foco abrasador de dó proviene.

En prueba de ello ved que es reputado por buen hijo, y lo es efectivamente, el que sostiene al padre anciano, el que hace grata su vejez y tranquilos sus dias últimos, el que le guarda siempre respetuosa diferencia, el que no desoye nunca sus consejos.

Y todo esto no lo debemos en justicia estricta á los que mas hicieron por nosotros? Si en apremiadoras circunstancias, en caso de vida ó muerte se nos tendiera una mano para arrancarnos del abismo y lanzarnos á la vida, qué no debieramos hacer por el que nos la tendió? Ahí teneis el sacrificio de los hijos por los padres.

Y sin embargo no consiste esto en que el corazon humano esté viciado en este punto: el amor filial, ráfaga tenue del amor paterno, se convierte en hoguera abrasadora cuando el hombre llega á crearse una familia, cuando llega á tener hijos.

Radica pues la causa en la naturaleza de las cosas, sencilla es la razon y mil la han indicado antes que yo.

La situacion del hombre cuando nace es precaria hasta el extremo, solo un amor sin límites le salva, y Dios dota pró ligamente de él el pecho de una madre: necesita el hombre tanto amor por parte de su hijo? no: luego en el corazon del hijo tal lujo de amor serian fuerzas perdidas, y ni Dios ni la naturaleza dan nada inútil: podria el hijo profes r hacia su padre y devolverle todo el amor que de él recibe? no, lo necesita para la familia que uace destinado á formar, y por decirlo así recibe anticipado el premio de sus trabajos: la sabiduria de Dios brilla en sus obras. Pasémos á otro (muy distinto orden de amor.

(Se continuará.)

EL HERMANO SANTIAGO.

(Continuacion.)

El desdichado nombre habia causado efecto.

Habia cerrado á Santiago el corazon de su madre, le habia atraido las burlas de su hermano, tal vez todas estas causas reunidas habian reducido al jóven á abandonar el hogar paterno. Quien sabe?..... Hay tantos misterios en la vida!

—No ha mucho tuve el sarampion, me decia ayer un amigo, porque al zapatero de una señora amiga mia se le habian roto los anteojos.

—Qué tiene que ver, le pregunté yó, el sarampion con los anteojos de un zapatero?

—Vais á verlo, querido: esta señora me habia dado palabra de ir á cierta tertulia donde habria concierto; por la mañana esperaba ella unas botitas de color de pasa, porque se le antojara presentarse con calzado de este color; el zapatero habia roto los anteojos el dia que le tomó la medida y le hizo unas botitas muy lindas; pero muy pequeñas. Trata sin embargo la señora de probarlas; lastiman mucho, pero asegura el zapatero que al andar se iran haciendo al pié: qué señora no estima tener el pié pequeño? Esta pues de que voy hablando sale á la calle, cojea un poco; llega al boulevard, y allí es preciso dejar la cojera, porque hay personas conocidas; se

esfuerza en andar con desenvoltura, mas el pié duele, se hincha, sufre horrorosamente y se ve obligada á volver á casa. Allí arroja el maldito calzado; se examinan los piés, que causan lástima, no hay medio de que salga de casa en ocho dias. Yo que no sabia nada, voy á la cita, contando no desperdiciar el tiempo: no hallo á la señora, está sola la dueña de la casa, que es muy amable; pero tiene cuarenta años: el tiempo se me hace largo, me impaciento, y despues de esperar una hora en vano, salgo sin saber á donde ir: llego delante de un teatro, y entro maquinalmente con la única intencion de matar el tiempo, porque sé todas las piezas de memoria. Apercibo una linda muchacha, me acerco á ella por costumbre, la dirijo algunas palabras, me responde, le gusta la conversacion y me felicito por haber hallado modo de distraerme. Concluye por fin la comedia, ofrezco el brazo á mi bella que le acepta despues de hacerse un poco de rogar, la acompaño á su casa, y no la dejo sin haber obtenido permiso de ir á hacerla la corte. No falté al dia siguiente; pronto fui su amigo íntimo, y en una de mis visitas cojo el sarampion que aquella prójima tenia sin yo saberlo. Ahora decidme: si al zapatero no se le hubiesen roto los anteojos, hubiera sucedido nada de esto?

Mi amigo tenia razon: los mas grandes acontecimientos son debidos á las causas mas sencillas, á las mas frívolas circunstancias. En cuanto á nuestro héroe no hay duda que su nombre de bautismo influyó en el destino de toda su vida. Cuantos hay que gracias á un nombre ilustre, que sus antepasados les han transmitido, gozan de una consideracion, que no se hubiera jamás tenido con sus personas! Quizá mil veces mas dichoso el que vive ignorado y cuyo nombre no escitará nunca ni la envidia ni el odio!

Ahora que ya conoceis á la familia Murville, fáltame deciros que los padres de Eduardo murieron ambos con poco diferencia de tiempo uno de otro. Los dos esposos bajaron á la tumba con el pesar de no saber lo que habia sido de Santiago, encargando á Eduardo que en nombre de ellos le perdonase su fuga, si algun dia le volvía á ver.

Eduardo quedó dueño de sus acciones. Tenia veintidos años y un empleo de dos mil francos, con el que podía vivir arreglandose. Era amante de los placeres; pero las tertulias, la música se los ofrecian poco costosos, no jugaba, amaba á las mujeres; pero no le iba mal con ellas, y no tenia motivos para quejarse de sus rigores. Se dejaba dominar con facilidad, y no tenia bastante carácter; pero dichosamente jamás se habia unido á malas compañías. En una palabra, no se le podía citar como modelo; pero tampoco tenia grandes defectos.

Mad. Germeuil se decidió facilmente á conceder á Eduardo Murville la mano de su hija Adelina.

—Este jóven, se dijo, hará dichosa á mi hija;

no tiene bastante carácter..... Pits! mi hija mandará, y donde las mujeres mandan siempre van mejor dirigidos los negocios.

Y hé aquí porque habia una boda en el Cuadrante azul.

CAPITULO II.

Grandes peripecias ocasionadas por una dancita y una tabaquera.

—Qué linda es! qué esbelta! qué gracia tiene, qué frescura! decian entre sí los jóvenes, y aun los papás mirando bailar á la novia. Ah! qué dichoso es este Eduardo!

Tal es la opinion general.

Eduardo oye todo esto, y en efecto se encuentra todo lo feliz que puede hallarse un hombre en visperas de serlo por completo. Para ocultar su impaciencia brinca y baila sin parar un minuto; despues de tiempo en tiempo mira el reloj... Aun es temprano!.... no para él!.... pero es preciso guardar las formas y además, qué diria la mamá? qué diria la sociedad? Vamos es preciso esperar..... ah! que largo es este dia!...

Pobres esposos! el dia mas bello de vuestra vida quisierais que hubiera ya pasado! Jamás está contento el hombre.

—Qué enamorado parece el novio! dicen las matronas.

Las niñas no lo dicen; pero lo piensan.

—Ah! señor de Volenville! Así me miraba V. hace veintidos años, dice á su marido suspirando una matrona de cuarenta y cinco años llena de bermellon, de flores, de encajes, de cintas, que sentada en un rincon de la sala de baile, espera en vano desde que concluyó la comida que se presente uno á sacarla á bailar.

El señor de Volenville, gran bailarín en otro tiempo, y ahora ugier en el Marais, no contesta á su mujer, saca su tabaquera, toma un polvo y se dirige á la estancia vecina á ver jugar al ecarté.

Mad. Volenville oculta su despecho y muda de sitio, cosa que ya hizo muchas veces. Se coloca entre dos muchachas en la esperanza de que inviten al grupo, siendo por lo tanto ella comprendida: vana esperanza; ve venir jóvenes, mueve con gracia la cabeza, les sonríe, adelanta su pié que no es malo..... Se acercan ellos, mas, ¡oh dolor! se dirigen á la derecha y á la izquierda, y no paran atencion en sus guiños, ni en su pié tan pulido.

Es muy desagradable hacer tapicería, y Mad Volenville no sabiendo que medio emplee para atraer uno que la saque á bailar, se consulta sobre si dejará ver el nacimiento de la pantorrilla: su pierna hizo en otro tiempo maravillas, es preciso pues ensaye su poder ya que el pié no logra nada.

Mad. Volenville se decide, va á enseñar la pantorrilla lo mas decentemente posible, cuando oye pedir á grande grito una pareja que falta para completar el cuadro de un baile. No hay jóvenes, algunas ya marcharon, otras es-

tan bailando: un buen mozo bien portado recorre con los ojos el salón, ve á la esposa del ugier, toma su partido y se adelanta gravemente á invitarla á bailar.

Mad. Volenville no le deja concluir su invitación, se levanta, se lanza sobre él y le aprieta la mano de una manera lastimosa. Nuestro joven da un salto hacia atrás, cree que la pobre señora padece contracciones de nervios, la mira con inquietud y no sabe que hacer; pero Mad. Volenville no le deja tiempo á reflexionar; le arrastra con violencia hácia el incompleto cuadro; se coloca y contonea delante de su caballero y le hace bailar antes que haya salido de su aturdimiento.

La danza ligera y heroica de Mad. Volenville habia hecho sensacion, un murmullo confuso circula por la sala, y los jóvenes dejaban el ecarté para venir á ver el cuadro de baile en que figuraba nuestra buena señora, que hallando esto muy halagador á su vanidad redoblaba sus esfuerzos; su fuego, su vivacidad, trataba de electrizar á su pareja, que no participa de su alegría rojo de cólera, viendo el círculo que se formaba en torno de él, y oyendo los burlones cumplimientos que se dirigian los hombres y las malignas observaciones de las mujeres, se mordía los labios, apretaba los puños, y hubiera dado cualquier cosa por que la contradanza hubiese finalizado. Mad. Volenville no le dejaba un momento de reposo, no tocaba con los piés el suelo, continuamente adelantaba, retrocedia á pesar de los consejos de su caballero que se desgañitaba diciéndola.

—Todavía no nos toca, señora, menos pasos, esperad.

(Se continuará.)

GAGETILLAS.

Dimision.—Se asegura que la hizo de su destino el Sr. D. Eduardo Castaño, secretario del Gobierno de esta provincia, cuyo cargo desempeñaba hacia corto tiempo.

Romance.—¡Oh mar embravecida,—de voz soberbia y ronca,—que en ese seno agitas—las olas procelosas!—¿No ves la débil nave—que este marino *monta*,—entregada en tus brazos,—juguete de tus olas?—La ves *desmantelada*,—sin *trincadura*..... rota—y á su piloto yerto—que el timon abandona?—¿No ves su débil *quilla*—y su mas débil *proa*—y de sus débiles *remos*,—las sencillas *escotas*?...—Calma, calma un momento—las agitadas ondas,—dá oídos á mis quejas,—dá fin á mis congojas,—dá fin porque va errante—perdida la *derrota*—los densos remolinos—la llevan á las rocas.....—Y tú, débil barquilla,—torna á la playa, torna—y en la mojada arena—tus *escotas* reposa;—aparta de estos mares—cuyas pérfidas costas,—tumba son de mil dichas,—y tumba de mil honras.—

Pero en vano te esfuerzas—para volver la *proa*,—porque el contrario viento—tu derrota trastorna.—Ni fuertes lonas llevas—ni quilla cortadora,—ni *jarcias* te entretejen—ni banderas te adornan.....—¡Oh! débil nave mia—que á la mar procelosa—lastrada de esperanzas—impávida te arrojas;—no ya tus vanas miras,—tus esperanzas locas,—figuren que á la playa—torne la débil *proa*;—aquí tu inadvertencia—aquí tu *quilla* y *popa*;—tus esperanzas, remos,—y las ganadas honras,—cual la mar agitada—que los peñas azota,—te arrojarán en ellas—sus olas espumosas.

R. C. BARREDO.

Escentricidad.—Jules Janin, estaba un dia en cierto café de Londres; un inglés que se hallaba sentado en una mesa fronterera, tenia la mirada fija en el célebre publicista francés; el hijo de Albion llamó un mozo, y cuando este se presentó:

—Mozo, le dijo, como se llama aquel caballero que está fumando un cigarro y leyendo un periódico de espaldas á la pared?

—Lo ignoro, contestó el mozo.

El inglés se levanta, y dirigiéndose al ama que estaba tras el mostrador, preguntó:

—Cómo se llama aquel caballero que está fumando un cigarro y leyendo un periódico de espaldas á la pared?

—No le conozco, no es parroquiano.

—Me hariais el favor de llamar al amo?

Este se presentó al momento.

—Señor, cómo se llama aquel caballero que está fumando un cigarro y leyendo un periódico de espaldas á la pared?

—Es la primera vez que le veo, y no sé quien es.

El imperturbable inglés se dirigió al caballero en cuestion.

—Caballero, que estais fumando un cigarro y leyendo un periódico de espaldas á la pared, cómo os llamais?

—Jules Janin, contestó el aludido.

—Pues bien, Sr. Jules Janin, se os está quemando la levita.

El Trabajo.—El jueves comenzó la publicación de este apreciable colega.

Le deseamos larga vida y muchas felicidades, y damos un voto de gracias á sus apreciables redactores por los elogios que tributan en una de sus bien escritas gacetillas, á nuestro modesto periódico.

Solucion de la charada anterior.—PICOTA.

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redaccion, JOSÉ G. PRAVIA.

Editor responsable, D. JOSÉ ALVAREZ.

OVIEDO: Imp. de la viuda de Pedregal.

Postigo 22.